

tante buen estado, el personal, improvisado por el coronel Arellano y mandado por oficiales, torpes en su mayor parte por haber dejado de servir largo tiempo, era mediano, y nuestros artilleros, con sus uniformes de antiguo reglamento (uniformes copiados del modelo frances), tenían buena apariencia.

Por fortuna, la artillería se mejoró cada vez mas, gracias á los cuidados del coronel Arellano, nombrado general por el Emperador durante el sitio. La actividad y la inteligencia superior del general Arellano se hicieron proverbiales.

Muchas veces se nos presentará la ocasion de hablar de nuevo de este personaje, que conquistó una gran celebridad durante y despues de los acontecimientos que causaron la caída del Imperio. Por ahora diré que ningun gefe de cuerpo ha tenido jamas un prestigio tan grande sobre sus subordinados como el coronel Arellano. Sus vastos conocimientos en el arma, sus brillantes antecedentes, su distincion y su valor, le daban una superioridad incontestable é incontestada. No teniamos mas que cuarenta piezas, pero esperábamos otras dos baterías que debian acompañar un convoy formado en la capital.

## IX

Honras fúnebres por el descanso del alma de Joaquin Miramon.—Ejecucion de Joaquin Miramon.—El desastre de San Jacinto.—Ejecucion de los gendarmes imperiales de Guadalajara.

Al siguiente dia de nuestra llegada á Querétaro, hubo en la iglesia de San Francisco honras fúnebres por el descanso del alma de Joaquin Miramon, hermano del general Miramon. Todos los oficiales fueron invitados á asistir. El Emperador

honró la ceremonia con su presencia. La iglesia contenia, ademas, muchos partidarios del Imperio.

Las circunstancias que causaron la muerte de Joaquin Miramon bien merecen algunos detalles.

En el desgraciado hecho de armas de San Jacinto, dos regimientos de nuestra caballería, el 2º y el 9º, organizados de prisa con escuadrones de guardias rurales, huyeron acometidos de pánico é introdujeron el desorden en la infantería. El general Miramon estaba desesperado; sus esfuerzos para detener al enemigo y la fuga de los suyos, habian sido infructuosos. Un cuerpo republicano, del que mas tarde hablaremos, los cazadores de Galeana, armados de rifles americanos de diez y seis tiros, hacia sobre los nuestros un fuego nutrido y certero. Miramon, á pié, dirigió los últimos tiros de cañon. Sabiendo que su hermano Joaquin acababa de ser gravemente herido en un pié, corrió á encontrarle y le ordenó que se retirara del campo de batalla. Joaquin insistió en quedarse y sostener la retirada con sus tiradores; pero el general Miramon repitió su orden formal y Joaquin subió á una carretela.

Pocas horas despues, Joaquin caia en manos de los republicanos, que le condujeron á la hacienda de Tepetates, donde se encontraba todavía cuando Juarez supo que Miramon, que habia logrado unirse con las tropas del general Castillo en el camino de San Luis, acababa de tomar la revancha en la Quema el 1º de Febrero de 1867.

En esta accion, un jóven general de los republicanos se hizo matar cargando valientemente á la cabeza de una columna de caballería. Su cadáver, recogido por los imperiales, fué respetuosamente enterrado por orden de Miramon.

Por desgracia para Joaquin, algunos republicanos, deseando hacer de aquel jóven gefe muerto con honor, un mártir de su causa, dijeron á gritos que habia sido fusilado de orden de los

generales del Imperio, y que era preciso vengarle en la persona de Joaquin Miramon.

Era un error ó una infamia; pero Joaquin Miramon le pagó con su vida. Los republicanos se apoderaron de este pretexto para librarse de uno de los cinco hermanos que les habian hecho una guerra sin cuartel.

Le concedieron á Joaquin Miramon algunas horas de la noche para que se preparara á la muerte. Declaró que tenia una pierna mutilada y que ni siquiera podria marchar al suplicio. Todo fué en vano.

Pidió ver al coronel Montesinos y á otros varios oficiales de la division republicana, llamada division del Norte. Todo fué inútil. Se le mandó contestar que no habia necesidad de oírle; entónces Joaquin tomó valerosamente su partido, se dispuso á morir y escribió á su mujer y á su hermano.

Pronto sonó la hora fatal. No habia luz todavía cuando fueron á buscar al prisionero. Joaquin Miramon pasaba generalmente por carecer de valor personal y ser una excepcion entre sus hermanos. Se contaba á este respecto que mas de una vez su hermano el Presidente se lo habia reprochado de una manera pública y cruel; así es que su conducta en San Jacinto habia asombrado á todo el mundo. Se creia, por lo mismo, que moriria cobardemente; pero al contrario, luego que llegó al lugar de la ejecucion pidió que se le apoyase contra la pared, porque tenia mutilado un pié y queria recibir la muerte parado. La recibió con un valor que jamas se habria esperado de él.

Sus últimas voluntades fueron fielmente ejecutadas, y el administrador de la hacienda recogió el cuerpo.

Miramon, al saber la muerte de su hermano, sintió tanto dolor como cólera. Lanzó en esa ocasion una proclama enérgica, en la que era fácil de reconocer el estilo del coronel Are-

llano, y que concluia con estas palabras de Breno: *¡Ay de los vencidos!*

La derrota de San Jacinto, tan fecunda en reveses para nosotros, es la tercera y última batalla que Miramon perdió en el curso de su brillante carrera. Costó la vida, no solamente á Joaquin Miramon, sino tambien á los gendarmes imperiales de la seccion de Guadalajara. Esta seccion se componia de cosa de trescientos hombres á pié y á caballo, franceses y mexicanos; pero habia mas de los primeros. Habia sido organizada primitivamente por M. Berthelin, oficial frances de mucho valor, que pasó al servicio del imperio y que dejó terribles recuerdos en Jalisco. Los republicanos lograron matarle en una accion muy acalorada que tuvo lugar en el camino de Colima á Guadalajara, accion en la que pereció tambien el conde de Moynier-Chamborand, oficial valiente si los hubo.

Algunos dias ántes de San Jacinto, la gendarmería se habia conducido admirablemente en la toma de Zacatecas. En consecuencia, en el combate siguiente fué colocada á la vanguardia. Por desgracia, el comandante Berthelin no existia ya, y su sucesor no estaba á la altura de su mision. Mediante la fatalidad, la gendarmería sucumbió completamente, pero con honor, ante aquellos ginetes republicanos armados de rifles americanos de á diez y seis tiros, de que ya he hablado.

Los gendarmes que no perecieron fueron hechos prisioneros; muy pocos escaparon.

Algunos dias despues de la batalla, los prisioneros de los republicanos se disponian á lavar su ropa y á instalarse, con esa inteligencia y esa actividad peculiares á los viejos soldados de Africa, casi todos salidos de las filas del ejército frances, cuando se les anunció que iban á ser fusilados de órden del C. Presidente de la República. Al mismo tiempo, el ba-

tallon que los custodiaba tomó las armas, tanto para prevenir una tentativa desesperada, cuanto para ejecutar la órden que se acababa de recibir.

Los infortunados prisioneros estaban llenos de estupor ó eran presa de las atroces angustias que preceden á esas muertes espantosas. Algunos, débiles de carácter, ofrecían servir á la República con la misma fidelidad que habian servido al imperio, si se les quería conceder la vida; otros se exaltaban ó trataban de aturdirse cantando la Marsellesa.

Se les pasó lista, y despues fueron conducidos en pequeños pelotones al lugar de la ejecucion y el fusilamiento comenzó. Esos desventurados, al partir, abrazaban con desesperacion á sus hermanos de armas cuya vez no habia llegado aún, pero que no debia tardar, y se vendaban mutuamente los ojos.

Se aplicaba dos cañones de fusil en el cráneo de cada uno y..... se tiraba del gatillo. La ejecucion se hacia mas pronto de aquel modo; sin embargo, duró dos horas. Los oficiales de la division del Norte, entre los cuales se encontraban algunos que habian concurrido al sitio de Puebla y que estimaban mucho á aquellos desgraciados, lloraban como niños. Su emocion se comunicaba á los soldados.

Por fin, terminada la ejecucion, llegó la noche á cubrir con su velo aquella carnicería humana, donde se encontraban mas de cien cadáveres ensangrentados, casi desnudos y espantosamente mutilados.

A los reproches que se les hicieron, los republicanos contestaron que aquellos hombres eran mercenarios, y que se habian vengado en ellos de las numerosas ejecuciones de ese género hechas por la Intervencion y el Imperio.

No considerar al imperio como beligerante era mas que ridículo, y hacer ejecuciones como la de la gendarmería, era exagerar indignamente la severidad de las leyes de la guerra,

que el Imperio no aplicaba mas que contra los cuerpos irregulares que se llaman *guerrillas*, y que son á las tropas permanentes lo que son los corsarios á la marina militar.

Para los republicanos éramos traidores que no mereciamos consideracion alguna, por haber llamado en nuestra ayuda al extranjero. Marcaban, sobre todo, esta última circunstancia, cuidando de desnaturalizar la Intervencion á los ojos del vulgo, que la confundia con una invasion.

Supe los detalles que preceden por los oficiales del batallon de Nuevo-Leon, que asistieron á la ejecucion y me contaron sus incidentes cuando, despues de la ocupacion de Querétaro, estuve prisionero bajo su custodia en San Luis Potosí.

Teniamos aún algunos gendarmes en Querétaro; se trató de reorganizarlos, pero no habia oficial alguno verdaderamente capaz de semejante tarea. Por otra parte, esa gendarmería habia perdido completamente su carácter y su primer destino. Era mas bien un cuerpo franco que otra cosa. Los nuevos reclutas habian sido aceptados sin exámen de moralidad. Habia entre ellos soldados excelentes salidos del cuerpo expedicionario; pero se habian deslizado ciertos hombres que se llaman *prácticos* en estilo soldadesco, y los supervivientes de San Jacinto se hallaban terriblemente desmoralizados.

La gendarmería costó muy caro durante el sitio, y no hizo nada notable, porque estuvo siempre mal mandada. Habia en ella, sin embargo, algunos hombres atrevidos que se distinguieron; entre otros, un jóven subteniente llamado Baillet, ex-suboficial de Cazadores de Africa, y dos mexicanos: el ayudante suboficial Esparza y un tal Pedro Márquez.

## X

Banquete dado por el Emperador á los oficiales superiores de la division Mendez.  
Organizacion general.—Querétaro ántes del sitio.

Pocos dias despues de nuestra llegada, el Emperador dió un banquete al general Mendez y á los oficiales superiores de nuestra brigada.

La fiesta fué suntuosa, y los oficiales, tratados con distincion, salieron encantados del Soberano, á quien la mayor parte de ellos veian por primera vez.

Todos aquellos valientes oficiales, con el general Mendez á la cabeza, combatian á muerte á los republicanos desde la revolucion de Ayutla, es decir, cinco años ántes de la Intervencion francesa, sin pedir jamas cuartel y pasando muchas veces por las mas duras alternativas.

El Emperador no los conocia ni habia hecho caso de ellos hasta entónces, colocado como estaba en un círculo de liberales y de extranjeros que odiaban ó ignoraban los buenos elementos militares del país, círculo que juzgaba á las tropas de Michoacan por las que se conocian con el nombre de auxiliares, y por el depósito de oficiales de la capital, que no se tenia valor ni voluntad de depurar, y que se dejaba vivir en la inaccion y en la miseria. En aquel círculo fatal era de buen tono aborrecer y despreciar los últimos restos del ejército indígena y considerar su reorganizacion como imposible.

Despues del banquete, se celebró en la casa del Emperador un consejo de guerra, en el que se resolvió, segun supe mas tardé, que se evacuaria la ciudad el 26 de Febrero para ir al

encuentro de Escobedo, que venia del Norte con el grueso de las fuerzas republicanas, y que se marcharia despues contra Corona y Régules, que llegaban por Acámbaro, siguiendo el camino tomado por la brigada Mendez.

Si se hubiera ejecutado ese plan, el triunfo de las armas imperiales era seguro; pero motivos que ignoro nos retuvieron en Querétaro. A esta falta se agregó la de mantenernos á la defensiva cuando se presentó el enemigo.

Entretanto se trató de completar nuestra organizacion. Mucho lo necesitábamos. Se reformaron los cuadros, se aumentó el efectivo de algunos cuerpos demasiado débiles y se organizaron los diferentes servicios lo mejor que se pudo.

Ya era muy tarde y los elementos no abundaban.

Una de las mayores dificultades consistia en contentar á los principales gefes, que todos ambicionaban mandos importantes.

Miramon, á quien su prestigio, su carácter y el hecho de haber sido presidente de la república, hacian mas difícil de tratar como subordinado, recibió el mando de toda la infantería, de la que se hicieron dos divisiones. El de la caballería le tocó al general Mejía; formaba tres pequeñas brigadas. El coronel Arellano conservó el mando de la artillería y el coronel Reyes fué encargado del de los ingenieros. El general Castillo, que mandaba una division de infantería, reemplazó al general Márquez como gefe de Estado mayor general, cuando el último partió á México.

Se creó una brigada escogida mixta para formar la reserva, y su mando tocó, naturalmente, al general Mendez. Esta compuesta del modo siguiente: 3ª compañía de ingenieros, batallones del Emperador y 3º de línea, regimiento de dragones de la Emperatriz, escuadron de húsares, escolta del Emperador. Se le agregó mi batería, y tuve así la satisfac-

cion de permanecer con nuestro valiente gefe de Michoacan.

El todo reunido no llegaba á 9,000 hombres. Con este embrion de ejército el Emperador Maximiliano queria intentar la salvacion del Imperio, ó por lo ménos sucumbir con gloria en caso de desastre.

Se aguardaba tambien al general Olvera, el hombre mas influente, despues de Mejía, en las montañas vecinas á Querétaro, y que debia llevar consigo dos ó tres mil indios montañeses.

Se emplearon los últimos dias en esta organizacion, en la cual tomó gran parte el antiguo gefe político de la frontera, D. Santiago Vidaurri, nombrado ministro de la guerra.

Se pasaron revistas. El general Mendez reunió en el llano de Carretas todas las tropas que habia llevado á Querétaro, para despedirse de las que iba á separarse.

Como en Morelia, se formó el cuadro. El general Mendez pronunció con voz sonora como un clarin, una enérgica arenga, que agradó á todos y conmovió, sobre todo, á los que debian separarse de él momentáneamente; eran los batallones de Zamora, de Iturbide, el 12 de línea, los regimientos 4º y 5º de caballería y varios escuadrones irregulares; despues tomó el mando de la brigada de reserva.

Miramón y Mejía pasaron tambien revista á sus respectivas tropas.

En la hipótesis de una marcha próxima para el Interior, se puso á la ciudad al abrigo de una sorpresa por medio de fuertes atrincheramientos.

Querétaro es la clave de la parte central de México. Las tropas de la intervencion se habian aprovechado de su excelente situacion, que hace de Querétaro el punto de interseccion de varios caminos del Norte y del Poniente, para establecer allí una base de operaciones, almacenes y un hospital.

Querétaro cubre hasta cierto punto la capital; pero es una ciudad abierta y dominada por todas partes por montañas, excepto, sin embargo, al Oeste, donde se encuentra el cerro de las Campanas, altura aislada, bastante próxima á la ciudad, y dominando el llano, así como el camino de Celaya.

Durante los dias que precedieron al sitio habia en Querétaro mucha animacion. La presencia del Emperador, la reunion de las tropas y la fiebre de un entusiasmo político momentáneo eran las principales causas de aquel movimiento. Ya he dicho que la mayoría de la poblacion nos manifestaba la mas viva simpatía; mas tarde probaré cómo se convirtió esa simpatía en adhesion á la causa imperial.

Cuando el Emperador se lanzó atrevidamente al peligro para tratar de salvar el Imperio, en vez de embarcarse como se le aconsejaba, esta resolucion caballerosa agradó á todos, y principalmente á los vecinos de Querétaro, donde vino á ponerse á la cabeza de sus últimos leales. Se le hizo una recepcion entusiasta. El Emperador, que tenia necesidad mas que nunca en aquellos momentos supremos de manifestaciones de simpatía y de demostraciones estimulantes, se conmovió profundamente. De ahí el secreto de ese afecto que profesaba á Querétaro, á la que llamaba su *querida*, y de la resistencia que oponia cuando se le proponia evacuarla y abandonarla al enemigo. Temia, y el porvenir justificó sus temores, que los republicanos se vengasen en aquella poblacion de la resistencia que se les oponia, y le hicieran pagar muy caro su adhesion al Imperio.

La compañía dramática de Querétaro se aprovechó de nuestra presencia para dar algunas representaciones que fueron muy concurridas. El teatro es bueno; no faltaban lindas mujeres y numerosos uniformes. Se representaron algunas piezas traducidas del repertorio frances, entre otras, *Matilde*, drama

sacado de una novela de Eugenio Sue, y que fué bastante bien desempeñado.

Ya he dicho que reina en México nuestra literatura. Tan cierto es esto, que se debe agregar que reina demasiado, con detrimento de la literatura española. La mayor parte de las piezas del repertorio parisiense se representan con grande éxito; por desgracia, los traductores mexicanos, á pesar del talento de algunos, no siempre son felices en la elección de las piezas. Ceden demasiado al gusto de la época; descuidan las obras mejores y de mas sustancia, para ocuparse en las de grande éxito, pero de un valor dudoso. Afortunadamente no es esto lo general.

Varias he visto con mucho gusto en la capital ó en las ciudades principales del Interior: *La Carrajada*, *Tambien el gusto hace daño*, *La Dama de las Camelias*; piezas que hacen furor en los teatros de segundo órden, tales como *El Jorobado*, *La Gracia de Dios*, ó vaudevilles picarescos, bien traducidos y muchas veces bien representados por compañías mexicanas ó españolas.

La Alameda, bello páseo donde el Emperador se presentaba algunas veces, era frecuentado por brillantes ginetes con trages nacionales y sillas plateadas, así como por las mejores familias de provincia.

Los establecimientos conocidos bajo el título mas ó ménos legítimo de *fondas francesas*, estaban llenos de oficiales poco cuidadosos del porvenir, enemigos del silencio, pero amigos del juego, que probaban fortuna jugando al *monte*. Otros corrían la suerte no ménos azarosa de las buenas fortunas. Por esta causa se veía á tantos oficiales jóvenes asistir con edificante devoción á las misas de la mañana y hacer el oso por las tardes debajo de los balcones.

La crónica cuenta que gracias al sitio, mas de una intriga

llegó á su desenlace, y que mas de un héroe herido fué cuidado por bellas manos, lo que contribuyó poderosamente á su curacion. Otros, ménos dichosos, heridos de muerte por el enemigo, fueron siquiera enterrados con cuidado y llorados por hermosos ojos. Sus cadáveres no fueron echados á una fosa desconocida, sino enterrados en un sitio reservado, adonde no falta quien vaya algunas veces á arrodillarse y á evocar tiernos y dolorosos recuerdos.....

Por fin, como por el 5 de Marzo, se anunció la llegada del enemigo.

Se hicieron activamente los últimos preparativos para tentar con las mayores probabilidades de buen éxito una batalla decisiva.

Amigos y enemigos comprendían que se tocaba al momento supremo en que iban á decidirse la suerte del Imperio y los destinos de algunos millones de hombres.....

.....

